

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO DECENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, SÁBADO 20 DE SEPTIEMBRE DE 1919

Nº 3

SUMARIO

- La cooperación social.* Por ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ.
La enseñanza del idioma. Por ROBERTO F. GIUSTI.
Oración de la maestra. Por GABRIELA MISTRAL.
Cuestiones de asistencia social. Por ANTONIO SAGARNA.
Quechuas y Angelus. Por GREGORIO REYNOLDS.
Cuadros de la Naturaleza. El Sol. Por JOAQUÍN ANTONIO URIBE.
Amado Nervo. Por E. DíEZ-CANEDO.
Algunas ideas de Cecilio Acosta. Por RÓMULO TOVAR.
En la baja marea. Por PEDRO PRADO.
Correspondencia.
Epica. Por JOSÉ ORTEGA Y GASSET.
El amor en el arte. Por CARLOS GU-TIÉRREZ LARRETA.

La cooperación social

QUERIDOS AMIGOS: (1)

EL plan de la obra de Dios es la evolución de todos los seres. Por evolución entendemos esta ley de la Naturaleza, comprobada por la observación, la experiencia, la historia y la ciencia, en virtud de la cual todos los seres son conducidos, irresistiblemente, a una condición cada vez mejor. La evolución actúa sobre todos los seres: sobre los minerales, las plantas, los animales y el hombre, que alcanzarán por ella, en el transcurso de las edades, la condición gloriosa de las más replandecientes jerarquías del Universo.

El proceso evolutivo de los minerales es lentísimo. Tiene lugar en períodos de tiempo tan largos que a nosotros, acostumbrados a medirlo por la duración de la rotación de nuestro planeta sobre su eje, nos parecen interminables eternidades. Pero hay que tener presente que en el reloj del Universo, un segundo no difiere, sustancialmente, de una eternidad.

La evolución de las plantas y de los animales tiene lugar por un proceso

que asegura la reproducción por los mejor dotados, por los que han desenvuelto las más altas cualidades de la especie: lo que los naturalistas llaman la *selección natural*. Este proceso es la lucha por la existencia y la supervivencia del más fuerte. En efecto, en el estado natural, la semilla que germina y se desarrolla, procede siempre de las plantas más vigorosas, que matan a las débiles, privándolas con su sombra de los vivificantes rayos del sol y robándoles con sus raíces, extendidas y potentes, el alimento de la tierra. Así ha tenido lugar la selección perfecta que ha transformado las toscas plantas de las épocas prehistóricas en las más finas, más bellas y maravillosas que hoy admiramos.

En el reino animal ha sucedido lo mismo. En el estado natural se reproducen sólo los individuos más inteligentes, más fuertes y más gallardos. Nada pelean con más encarnizamiento los animales que esto. Los débiles, los mal formados, son eliminados de la reproducción sin misericordia. Por este proceso, cruel en apariencia, realiza la Naturaleza la selección de las especies animales. Así se ha producido, del deforme caballo prehistórico, de cinco cascos, llamado «*equus primigenius*» el inteligente, hermoso y noble caballo moderno, del que puede decirse que casi está tocando el límite del reino humano.

Tratándose de la evolución del hombre, el proceso es distinto. La evolución verdadera no tiene lugar por la lucha por la existencia y la supervivencia del más fuerte, sino en virtud de otra ley espiritual más alta: la del sacrificio voluntario de uno mismo. No podía la Soberana Armonía que rige el Universo, aplicar al hombre, en quien resplandece de un modo más manifiesto que en los animales y plantas la chispa divina; que goza de la prerrogativa del lenguaje articulado, expresión de la inteligencia y voluntad evolucionadas, el mismo proceso que a aquellos seres inferiores. La observación atenta de los hechos y las enseñanzas de la Historia confirman este aserto. No se ha alcanzado la evolución actual del hombre por el egoísmo, por el dominio, por el imperio de la fuerza. Se ha realizado a despecho del egoísmo, luchando contra el dominio de la fuerza, por la obra de los hombres abnegados que voluntariamente se han

sacrificado por el bien de la familia humana. Son ellos los sabios, los artistas, los mártires, los santos, la mejor florecencia de la humanidad, los que renunciando a su bien personal, sacrificándose por los demás, legándonos el ejemplo de sus virtudes, iluminándonos con la vida luz de su ciencia, haciéndonos entrever la magnificencia del espíritu en los esplendores del arte, los que han realizado la evolución que hemos alcanzado. Hermes, Zarathustra, Orfeo, Krishna, Homero, Pitágoras, Jesús Galileo, Gautama Budha, Shakespeare, Newton, Pasteur, Beethoven, Vicente de Paul, Helena Blavatsky, para no citar sino unos pocos de los nombres de estos grandes seres del sacrificio, han realizado el progreso del mundo. Los conquistadores de todas las edades no han producido sino exterminio, retroceso y barbarie. Su camino está sembrado de cadáveres y de humeantes pavesas! La última lección acerca de lo que produce el egoísmo nos la ha dado la gran guerra, haciendo descender a un nivel moral que espanta a varios de los pueblos más cultos de la tierra, a pesar de que ellos también han servido de instrumento a la Ley, que sacando bien del mal, promueve la evolución de los seres.

Estamos atravesando una época de transformaciones materiales, sociales y mentales, que hubieran sido inconcebibles hace muy pocos años! Lo que era tenido hace poco por una utopía es hoy una realidad hermosa. Lo que era tenido antes como una verdad incommovible es hoy reconocido como un error que se derrumba. He aquí unos pocos ejemplos: Siempre se ha tenido como verdad incontrovertible lo siguiente: Los pueblos se engrandecen por el trabajo y la paz; pero la grandeza adquirida debe consolidarse y mantenerse por el filo de la espada. «*Si vis pacem, para bellum*». «*Si quieres paz, que quiere decir progreso, adelanto, prepárate para la guerra*». Este error funesto engendró ese monstruo insaciable llamado paz armada, que por tantos siglos ha devorado el pan y la dicha de todos los pueblos de la tierra. La espada de Guillermo II, que pretendía el dominio del mundo arruinó a su propio país, que habría llegado al zenit de la grandeza, si en vez de seguir el precepto de los militares de Roma, se hubiera concretado

(1) Los profesores y alumnos del Liceo de Costa Rica, al recibir el señor Jiménez su diploma de Profesor de Estado.